

6-1-2015

El discurso: ¿estructura o acontecimiento?

Michel Pêcheux

Recommended Citation

Pêcheux, Michel (2014) "El discurso: ¿estructura o acontecimiento?," *Décalages*: Vol. 1: Iss. 4.

This Pêcheux Dossier is brought to you for free and open access by OxyScholar. It has been accepted for inclusion in *Décalages* by an authorized editor of OxyScholar. For more information, please contact cdla@oxy.edu.

El discurso: ¿estructura o acontecimiento?*

Michel Pêcheux

Traducido por Viviana Melo Saint-Cyr y David Pavón Cuéllar

Para entrar en la reflexión que emprendo aquí con ustedes sobre el discurso como estructura y acontecimiento, imagino diversos caminos muy diferentes. Uno de ellos sería el de tomar como tema un *enunciado* y trabajar a partir de él: por ejemplo, el enunciado “Ganamos” (*On a gagné*), que atravesó Francia el 10 de mayo de 1981, hacia las 20 horas y minutos (acontecimiento en el punto de encuentro entre una actualidad y una memoria). Otro camino, de aspecto más clásico (pero ¿qué es el clasicismo en nuestros días?), consistiría en partir de un *cuestionamiento* filosófico, por ejemplo el de la relación entre Marx y Aristóteles a propósito de la idea de una ciencia de la estructura.

Pero enseguida me siento amenazado por un sinnúmero de competentes saberes que surgen, con la espesura de sus referencias, de todos los horizontes de la filosofía y de las ciencias humanas y sociales, recordándome que no soy un especialista ni de Marx ni de Aristóteles ni de la historia de la filosofía. Y que tampoco dispongo (al menos por el momento) de una vía de acceso especialmente acondicionada en el interior de los inmensos archivos, orales y escritos, que se han abierto desde hace dos años en torno al 10 de mayo de 1981.

¿Y entonces? ¿No sería mejor (tercer camino posible) limitarme tranquilamente al ámbito ‘profesional’ en el que más o menos me encuentro actualmente, el de la tradición francesa de análisis de discurso? ¿Extraer, por ejemplo, de la configuración de problemas teóricos y procedurales que se plantean actualmente en esta

* Este capítulo, traducido por Viviana Melo Saint-Cyr y David Pavón Cuéllar, es un extracto del último texto académico de Michel Pêcheux, quien se suicidó en diciembre de 1983. Se trata de una ponencia del autor para un coloquio realizado, entre el 8 y el 12 de julio de 1983, en la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign. La ponencia fue publicada por primera vez en inglés, bajo el título “Discourse: Structure or Event?” (traducción de Warren Montag), en el libro colectivo *Marxism and the Interpretation of Culture*, coordinado por Cary Nelson y Lawrence Grossberg (Chicago, University of Illinois Press, 1988, pp. 633–650). Para la traducción al castellano, se ha utilizado la versión original francesa, preparada por Denise Maldidier (“Le discours: structure ou événement?”, en *L'inquiétude du discours*, París, Cendres, 1990, pp. 303-323), a partir de la primera parte de un documento mecanografiado que no fue revisado para su publicación.

¹ Tradición bibliográficamente localizable en una serie de publicaciones, en particular en ciertos números de la revista *Langages* (11, 13, 23, 24, 37, 41, 52, 55, 62...). Consúltese asimismo el reciente compendio, *Matérialités discursives*, Presses Universitaires de Lille, 1981.

disciplina, la relación entre el análisis como *descripción* y el análisis como *interpretación*?

Ahora bien, refugiándome en esta táctica de intervención, ¿cómo evitar extensos antecedentes, necesarios para un reglaje, un mínimo ‘*tuning*’, entre lo que quisiera decir y aquello que será interpretado? El evocar algunos nombres propios (Saussure, Althusser, Foucault, Lacan...) o mencionar campos de lo real (la historia, la lengua, el inconsciente...) no sería suficiente para caracterizar una posición de trabajo...

¿Acaso estaré obligado a empezar por una serie de ‘recordatorios’ que engloben ciertos puntos de definición que *a priori* nada prueba que no funcionen sino como signos de reconocimiento opacos, fetiches teóricos?

O bien, ¿tendría que intentar hacer visitar –de manera ultra rápida, por necesidad– el campo de construcción de los procedimientos técnicos propios al análisis del discurso?

O aún, ¿querré, a partir de la presentación de algunos resultados de dichos procedimientos, convencerlos de su pertinencia e interés –mientras que las investigaciones actuales tienden antes que nada a producir nuevos cuestionamientos más que a hacer valer la supuesta calidad de las ‘respuestas’?

En francés decimos que una persona “no se anda con rodeos” (*n’y va pas par quatre chemins*) cuando va directo a lo esencial... Pero ¿cuál sería, en este caso, dicha vía maravillosa hacia lo esencial, por la cual ‘el asunto’ del que pretendo hablar se plantearía ante sus ojos como se desarrolla una película, sin regreso ni retoque?

Como considero que esta vía es un mito religioso, prefiero esforzarme en avanzar entrecruzando los tres caminos que acabo de evocar (el del acontecimiento, el de la estructura y el de la tensión entre descripción e interpretación al interior del análisis de discurso), redefiniendo cada uno de los trayectos por medio de la efectuación parcial de los otros dos.

“Ganamos”

París, 10 de mayo de 1981, 20 horas: la imagen, simplificada y recompuesta electrónicamente, del futuro Presidente de la República Francesa aparece en los televisores... Estupor (de encanto o terror): ¡es la de François Mitterrand!

Simultáneamente los presentadores de televisión reportan las estimaciones calculadas por numerosos equipos de informática

electoral: todas presentan a F. Mitterrand como “ganador”. En esta tarde “especial elecciones”, los tableros de porcentaje desfilan. Las primeras reacciones de los responsables políticos de los dos campos son ya dadas, como también los comentarios en caliente de los especialistas en politología; unos y otros comenzarán a ‘hacer trabajar’ el acontecimiento (el nuevo suceso, las cifras, las primeras declaraciones) en su contexto de actualidad y en el espacio de memoria que convoca, y que comienza ya a reorganizar: el socialismo francés de Guesde a Jaurès, el Congreso de Tours, el Frente Popular, la Liberación...

El acontecimiento que aparece así ‘en la primera plana’ de la gran máquina televisiva, este resultado de una super-copa de fútbol político o de un partido con repercusiones a nivel mundial (F. Mitterrand se lleva el campeonato francés de las presidenciales), es un acontecimiento periodístico y mediático-masivo que remite a un contenido socio-político a la vez perfectamente transparente (el veredicto de las cifras, la evidencia de los tableros) y profundamente opaco. El enfrentamiento discursivo de la denominación de este acontecimiento improbable comenzó mucho antes del 10 de mayo, con un inmenso trabajo de formulaciones (retomadas, desplazadas, meneadas de un borde al otro del campo político), que tendía a prefigurar discursivamente el acontecimiento, a darle forma y figura con la esperanza de apresurar su llegada... o de evitarla; todo este proceso continuará su curso, marcado por la novedad del 10 de mayo. Sin embargo, dicha novedad no le quita al acontecimiento su opacidad, inscrita en el juego oblicuo de sus denominaciones; los enunciados: “F. Mitterrand es elegido presidente de la República Francesa”, “La izquierda francesa se lleva la victoria electoral en las presidenciales” o “La coalición social-comunista se adueña de Francia” no se encuentran, evidentemente, en una relación interparafrástica; sus enunciados remiten (*Bedeutung*) al mismo hecho, pero no construyen las mismas significaciones (*Sinn*). El enfrentamiento discursivo sigue su curso a través del acontecimiento...

Luego, en medio de esta circulación-enfrentamiento de formulaciones que no dejarán de atravesar la pantalla de televisión durante toda la tarde, surge un flash que es tanto un constato como un llamado: todos los parisienses, para quienes este acontecimiento es una victoria, se agrupan en masa en la plaza de la Bastilla, para gritar su alegría (a los otros no se les verá esa tarde). Y será lo mismo

en la mayor parte de las ciudades. Ahora bien, entre estos gritos de victoria, hay uno que va a ‘cuajar’ con una particular intensidad: es el enunciado “ganamos”^{*}, repetido un sinfín de veces como eco inagotable, ligado al acontecimiento.

La materialidad discursiva de este enunciado colectivo es completamente particular: no tiene ni el contenido ni la forma ni la estructura enunciativa de una consigna de manifestación o de mitin políticos². “Ganamos”, cantado con un ritmo y una melodía determinados (ga-na-mos, *si-sol-si*), constituye la reanudación directa, en el espacio del acontecimiento político, del grito colectivo de las porras de un partido deportivo cuyo equipo acaba de ganar. Dicho grito marca el momento en el que la participación pasiva³ del espectador-porrista se convierte en actividad colectiva gestual y vocal, materializando la fiesta de la victoria del equipo, tanto más intensamente cuanto más improbable era.

Que el deporte haya aparecido así, por vez primera en mayo de 1981, con tal nitidez, como metáfora popular apropiada al campo político francés, invita a profundizar la crítica de las relaciones entre el funcionamiento de los medios de comunicación y el de la ‘clase política’, sobre todo a partir de los años 1970⁴.

* En francés: “*on a gagné*”. “*On*” es un pronombre indefinido que se conjuga en la tercera persona del singular. Su traducción al castellano dependerá de su función en la frase. Aquí designa, ya sea un “nosotros” o un “todo el mundo”, como efecto de generalización (que encontramos también en los dichos, proverbios o máximas), o bien el “se” neutro, empleado con verbos reflexivos y en oraciones impersonales, como “se ganó”. Preferimos traducir “ganamos” pues en ninguna tierra hispana se lanzaría un grito de “se ganó” en un partido de fútbol o en una manifestación (*nota de los traductores*).

² En oposición a los eslóganes políticos “clásicos” de los años 1960-1970, contruidos con ritmos de marcha: “¡No es / más que el principio / sigamos el / combate!” (“*Ce n’est / qu’un debut / continuons le / combat!*”) o “¡Queremos / tendremos / sa / -tisfacción!” (“*Nous voulons / nous aurons / sa / -tisfaction!*”).

³ A pesar de los gritos, toques de trompeta y agitación de banderolas que acompañan la acción de los jugadores, la no-participación directa de los espectadores en dicha acción sigue siendo la condición del acontecimiento deportivo.

⁴ Se trata sobre todo del estrellato político, voluntario o no, determinado por la bi-polarización electoral mediática de los enfrentamientos parlamentarios en un régimen presidencialista: la psicologización de los conflictos, a través de la retórica del suspenso, del acercamiento y de la discusión, va en paralelo con una información de las “bases” que de ahora en adelante pasa más rápido por el canal de televisión que por los canales jerárquicos interiores de las organizaciones sindicales y políticas. Todo esto tiene lugar en el contexto de una crisis profunda de la izquierda, a la que la “crisis del marxismo” hace eco específico. De la “Nueva filosofía” al “Todo se arruinó” (“*Tout est foutu*”) aparecido en 1978 (“Francia, tu filosofía, tu política, etc., ¡se largan!”), emerge una burla objetiva y subjetiva de “la política”, susceptible de desembocar en su “carnavalización”: *cf.*, por ejemplo, el papel del cómico popular francés Coluche, que hace la finta de ser candidato a las elecciones presidenciales de 1981 con el apoyo desesperado e irónico de una parte de los intelectuales. Esta evolución de las altas esferas intelectuales francesas se hizo por etapas: los intelectuales de los años 1960 se comprometían con sus trabajos así como uno se alista en la guerra (eventualmente una guerra civil). Poco a poco, la figura central pasó de la lucha “política” al enfrentamiento con el ángel en el espacio solitario de la “escritura”. Actualmente, la tendencia es la del *performance* (casi siempre uno solo, raramente en grupo); lateralmente se añade, a la significación deportiva del término, la connotación del

Lo que es seguro es que este juego metafórico en torno al enunciado “ganamos” vino a sobre-determinar el acontecimiento, subrayando su equivocidad: en el ámbito deportivo, la evidencia de los resultados se apoya en la presentación en el tablero lógico (el equipo X, clasificado en enésima división, venció al equipo T; el equipo X califica para enfrentarse al equipo Z, etc.). En lo sucesivo, desde luego, el ‘resultado’ de un partido es objeto de comentarios y reflexiones estratégicas (de parte de los directores técnicos de los equipos, de los comentaristas deportivos, de los portavoces de intereses comerciales, etc.), ya que siempre hay nuevos partidos en perspectiva..., pero dicho resultado, como tal, atañe un universo lógicamente estabilizado (construido con un conjunto relativamente simple de argumentos, predicados y relaciones), que se puede describir exhaustivamente a partir de una serie de respuestas unívocas a preguntas factuales (de las cuales la principal es evidentemente: “¿Por cierto, quién ganó, X o Y?”).

Preguntas del estilo “¿Quién ganó realmente? ¿En realidad? ¿Más allá de las apariencias? ¿Respecto a la historia?...” parecen preguntas poco pertinentes, y casi absurdas, a propósito de un resultado deportivo.

Posiblemente dependa del hecho de que lo que se juega en un partido está lógicamente definido, en tanto contenido, en su resultado: “Ganó tal equipo” significa “tal equipo ganó el partido contra otro”, y punto. Las marcas y objetos simbólicos susceptibles de asociarse a esta victoria (y de que la porra, que se identifica al equipo, se los ‘apropie’) no son más que connotaciones secundarias del resultado: no es seguro que se pueda mostrar o describir *lo* que ganó el equipo ganador.

Los resultados electorales, considerados a partir del ángulo en el que aparecen a través de los medios de comunicación, presentan la misma univocidad lógica. El universo de los porcentajes provisto de reglas para determinar al ganador, es también un espacio de predicados, argumentos y relaciones lógicamente estabilizado: desde este punto de vista, se diría que el 10 de mayo, después de las 20 horas, la proposición “F. Mitterrand es elegido Presidente de la República” se convirtió en una proposición verdadera; y punto.

espectáculo, inducida por el uso anglo-americano del término “performance”. No hay esperanza de que tal evolución mejore la relación, bastante nociva, que una parte de los intelectuales estadounidenses mantienen tradicionalmente con los “incomprensibles” productos intelectuales franceses, pues además dicha relación está marcada por una oscilación equívoca entre la fascinación de las vacas sagradas y lo cómico (deliberado o no) de los payasos de la cultura.

Pero simultáneamente, el enunciado “ganamos” es profundamente opaco: su materialidad léxico-sintáctica (...el pronombre “nosotros” generalizado, en posición de sujeto, la marca temporal-aspectual de lo realizado, el lexema verbal “ganar”, la ausencia de complementos) inmersa dicho enunciado en una red de relaciones asociativas implícitas –paráfrasis, implicaciones, comentarios, alusiones, etc.–, es decir, en una serie heterogénea de enunciados que funcionan en diferentes registros discursivos, y con una estabilidad lógica variable⁵.

Así, la interpretación político-deportiva que acaba de ser evocada sólo funciona como proposición estabilizada (designando un acontecimiento focalizado como punto en un espacio de disyunciones lógicas⁶) bajo la condición de no interrogar la referencia del sujeto del verbo “ganar” ni la de sus complementos elipsados. Dos años después, la pregunta resurge en el desvío del debate político: “¡Ganamos!”... Nos regocijamos de la misma manera en cada victoria de la izquierda, en mayo de 1936, o durante la Liberación. Otros, antes de nosotros, hicieron los mismos discursos. “¡Ganamos!” Y ha sido siempre una “experiencia” que no dura mucho tiempo, en el desperdicio de abnegaciones, entusiasmos, explosión repentina y fuego de paja, antes de la caída, el hundimiento y la derrota concedida. “¡Ganamos!” ¿Ganar qué, cómo y por qué? (Mandrin, 1983, p. 19)

a) Sobre el sujeto del enunciado “¿Quién ganó?”

Por medio del “on”, pronombre indefinido, la sintaxis de la lengua francesa permite dejar en suspenso enunciativo la designación de la entidad ganadora: ¿se trata de ‘nosotros’ los militantes de los partidos de izquierda? ¿O del ‘pueblo de Francia’? ¿O de aquellos que siempre han apoyado la perspectiva del Programa Común? ¿O aquellos quienes, después de haberlo apoyado, repentinamente lo abandonaron? ¿De aquellos que, no reconociéndose ya en la categorización parlamentaria derecha/izquierda, se sienten, no obstante, liberados de la salida de Giscard d’Estaing y de todo aquello que representa? ¿O de aquellos que ‘no habiendo nunca hecho

⁵ El análisis de discurso, tal y como se desarrolla actualmente a partir de las bases evocadas más arriba, tiene precisamente como objeto el de explicitar y describir montajes, arreglos socio-históricos de constelaciones de enunciados.

⁶ Se observa aquí un efecto implícito de traducción perifrástica de forma “F. Mitterrand es elegido presidente. Dicho de otro modo: ganamos”. De paso, el “nosotros” de “ganamos” se identifica con Mitterrand...

política' se sorprenden y entusiasman con la idea de que por fin 'las cosas cambian'?

El borrar el agente induce un complejo efecto de rebote en el que se entremezclan diversas posiciones militantes con la posición de participación pasiva del espectador electoral, porrista dudoso y escéptico hasta el último minuto..., en el que lo increíble sucede: se marca el gol decisivo y el porrista vuela al socorro de la victoria. El enunciado "ganamos" re-fusiona 'aquellos que creían que podría ocurrir' y 'aquellos que ya no lo creían'⁷.

b) De los complementos del enunciado: "¿Ganar qué, cómo, para quién?"

Un vistazo a los diccionarios nos enseña que el verbo ganar se construye:

- con un "sujeto animado" (agente provisto de voluntad, sentimiento, intención, etc.);
- ganar su vida, ganar tanto por mes;
- ganar en una competencia, ser el ganador;
- ganar en un juego de azar, ser el ganador del gordo;
- ganar terreno, espacio, tiempo (a un adversario);
- ganar galones, una medalla...;
- ganar un lugar, un puesto, un sitio;
- ganar la simpatía de alguien, ganarse a alguien (hombres, aliados, simpatizantes...);
- o con un 'sujeto inanimado' (una cosa, un proceso desprovisto de voluntad propia, sentimiento, intención): son entonces los 'agentes' los que se convierten en objetos;
- el calor, el frío, el entusiasmo, el sueño, la enfermedad, la alegría, la tristeza...me, le, nos ganan (se apoderan de mí, de él, de nosotros).

⁷ En la canasta de nacimiento del acontecimiento del 10 de mayo de 1981, hay (entre otros regalos extraños) la paradoja del papel involuntariamente facilitador jugado por la dirección del Partido Comunista Francés (PCF): como si, desencadenando una repentina polémica anti-Partido Socialista, los dirigentes comunistas hubieran ellos mismos acentuado la pérdida de influencia global de la corriente comunista (y de sus capacidades movilizadoras), y liberado la izquierda de la hipoteca de una toma de poder dominada por un pro-sovietismo más o menos confesado (la referencia al "balance globalmente positivo" del "socialismo existente"). De ahí lo que sigue: un gobierno de izquierda que comienza una política audaz de reformas estructurales profundas (las nacionalizaciones, por ejemplo), pero sin la movilización popular que debería (en un buen análisis marxista clásico) apoyar y controlar la puesta en marcha de dichas reformas. Como si el PCF y la Confederación General de los Trabajadores (CGT) hubieran perdido de sobra su capacidad histórica de movilización, y como si dicha capacidad movilizadora permaneciese irrecuperable por las otras organizaciones y movimientos de izquierda. De modo que, actualmente en Francia, es sobre todo la oposición (las fuerzas de derecha, 'nuevas derechas' y extrema derecha) que movilizan...

¿Qué parte tomó cada uno de estos funcionamientos léxico-sintácticos subyacentes en la unidad equívoca de dicho grito colectivo repercutido? “Ganamos”... La alegría de la victoria se enuncia sin complemento, pero los complementos no están lejos: ganamos *el partido, la partida, la primera jugada* (antes de las legislativas); pero también (en función de lo que antecede) ganamos gracias a *un golpe de suerte*, como se gana la lotería, aunque no nos lo creamos; y, claro, ganamos *terreno sobre el adversario*, con la promesa de ocupar emplazamientos en ese terreno, y antes que nada, ocupar legalmente el lugar desde donde se gobierna Francia, el lugar del poder gubernamental y del Estado. “La izquierda toma el poder en Francia”, es una perífrasis plausible del enunciado-fórmula “ganamos”, como repercusión del acontecimiento.

El poder que hay que tomar: ¿por fin algo que podría mostrarse como complemento del verbo *ganar*? No es muy seguro que aquello de lo que se trata pueda mostrarse de manera unívoca. “¿Acaso ‘tomamos el poder’ en el sentido propio del término?” (Mandrin, 1983, p. 119)⁸. En efecto, ‘el poder’ aparece, ya sea como un objeto adquirido (justo resultado de un gran esfuerzo o efecto inesperado de una buena fortuna; en cualquier caso: bien simbólico supremo manejado lo mejor posible por el bien de todos), ya sea como un espacio que resiste a la conquista en un enfrentamiento continuo contra las feudalidades de todo orden (que hicieron todo para que ‘nunca sucediera’ y que continúan la resistencia), ya sea como un acto performativo al hay que apoyar (hacer lo que se dijo), ya sea como nuevos reportes sociales que construir... “Ganamos”: desde hace dos años, el equívoco de la fórmula trabaja a la izquierda en los puestos gubernamentales, tanto como en las diferentes capas de la población; trabaja a los que ‘creen’ y a los que faltan de creencia; los que esperan un ‘gran movimiento popular’ y los que se resignan al a-politismo generalizado; los ‘responsables’ y los otros, los políticos y los ‘simples particulares’... De ahí un doloroso desgarramiento entre dos tentaciones para escapar al problema:

⁸ La victoria de la izquierda en mayo de 1981, que tiene como fondo más de veinte años de fracasos electorales, evoca aquella situación chaplinesca en la que el desafortunado se afana sin descanso en meter un balón en una canasta, fracasando en cada intento, hasta el momento en el que, hastiado, se vuelve, se va y lanza negligentemente el balón por encima de su hombro: es justamente ahí que, suprema comicidad de la historia... el balón ¡entra directo en la canasta! Dicho desfase incoherente no borra el trabajo obstinado de desafortunada paciencia. Pero tampoco lo transforma en un largo proyecto finalmente logrado: la política francesa está completamente contenida en este desfase.

- La tentación de denegar el equívoco del acontecimiento del 10 de mayo, por ejemplo rebajándolo completamente al plano lógico estabilizado de las instituciones políticas (“¿Sí o no, la izquierda está en el poder en Francia? Si sí, saquemos las consecuencias...”).
- La tentación de denegar el acontecimiento mismo, haciendo como si finalmente nada hubiera pasado (“¿Qué ganamos?”), y como si los problemas fueran estrictamente los mismos que si la derecha estuviese en el poder⁹.

Ceder a una u otra de estas tentaciones separaría definitivamente las ‘dos izquierdas’, librándolas al adversario (y si acaso la derecha viniese a retomar el poder en Francia, “veríamos” – demasiado tarde– lo que “habríamos perdido”).

La cuestión teórica que abro a partir del ejemplo de un acontecimiento, el del 10 de mayo de 1981, es pues la del estatuto de las discursividades que atraviesan el acontecimiento, encontrando proposiciones de apariencia lógicamente estable, susceptibles de respuesta unívoca (es sí o no, es X o Y, etc.), y formulaciones irremediablemente equívocas.

Objetos discursivos de aspecto estable que tienen el aparente privilegio de ser, hasta cierto punto, ampliamente independientes de los enunciados que se producen a su propósito, intercambian sus trayectos con otro tipo de objetos cuyo modo de existencia parece estar regido por la manera misma en que se habla de ellos: ¿Deben ser declarados unos más ‘reales’ que los otros? ¿Hay un espacio subyacente común al despliegue/dispersión de objetos tan distintos? Éstas son las cuestiones que me gustaría abordar ahora.

Leer, describir, interpretar

Interrogarse sobre la existencia de lo real propio a las disciplinas de interpretación exige que aquello no –lógicamente– estable no sea considerado *a priori* como un defecto, un simple agujero en lo real. Es suponer que –como ‘lo real’ se entiende en varios sentidos– pueda existir otro tipo de real que el recién evocado, y asimismo otro tipo de saber, que no se reduzca al orden de las ‘cosas-que-hay-que-saber’ o a un tejido de dichas cosas. Así pues: un real constitutivamente ajeno a la univocidad lógica y un saber que no se transmita, que no se

⁹ Dejo de lado las posiciones de la derecha misma, ilustradas intelectualmente por los escritos de J. Baudrillard (1982) sobre el “éxtasis del socialismo”, en donde el “Ganamos” es interpretado como “nos pagamos la izquierda” (¿para ver, para reír?), para luego ser ganados por la izquierda como por un proceso, una enfermedad: “Germina, germina, incuba, explota y lo invade todo de un solo golpe, exactamente como en *Alien*. La izquierda, es el monstruo *Alien*” (p. 97).

aprenda, que no se enseñe, y que, sin embargo, exista y produzca efectos.

Desde este punto de vista, el movimiento intelectual que adoptó el nombre de ‘estructuralismo’ (tal y como se desarrolló particularmente en la Francia de los años sesenta, en torno a la lingüística, la filosofía, la política y el psicoanálisis) puede ser considerado como una tentativa anti-positivista que apunta a tener en cuenta este real contra el cual el pensamiento tropieza en el cruce del lenguaje y la historia.

De este movimiento surgieron nuevas prácticas de lectura (*sintomal*, *arqueológica*, etc.), aplicadas a los monumentos textuales, y primero que nada a los grandes textos (*cf. Guía para leer El Capital*): como sabemos, el principio de estas lecturas consiste en demultiplicar las relaciones entre lo dicho aquí (en tal situación) –y dicho así y no de otra manera– y lo dicho en otra parte y de otra manera, con el fin de poder ‘oír’ la presencia de lo no-dicho al interior de lo que es dicho.

En tanto que planteaban que “todo hecho es siempre una interpretación” (referencia anti-positivista a Nietzsche), los enfoques estructuralistas tomaban partido por describir las disposiciones textuales discursivas en su intrincación material, y de esta manera, paradójicamente, ponían en suspenso la producción de interpretaciones (de representaciones de los contenidos, de *Vorstellungen*), en beneficio de una descripción pura (*Darstellung*) de dichas disposiciones. Los enfoques estructuralistas manifestaban así su negativa a constituirse en ‘ciencia regia’ de la estructura de lo real. Y sin embargo, ahora veremos cómo cedieron a este fantasma, y terminaron por adquirir las apariencias de una nueva ‘ciencia regia’...

Pero antes es necesario subrayar que en el nombre de Marx, Freud y Saussure, una nueva base teórica, políticamente bastante heterogénea, tomaba forma y desembocaba en una construcción crítica rompiendo tanto las evidencias literarias de la autenticidad ‘vívida’, como las certezas ‘científicas’ del funcionalismo positivista. Les recuerdo que al principio de su *Guía para leer El Capital*, Althusser marca el encuentro de estos tres campos:

A partir de Freud, empezamos a sospechar lo que escuchar, es decir, lo que hablar (y callarse), quiere decir: que este ‘quiere decir’ del hablar y escuchar descubre, bajo la inocencia de la palabra y de la escucha, la profundidad asignable de un doble fondo, el ‘quiere-decir’ del discurso del inconsciente –ese doble fondo del que la lingüística

moderna, en los mecanismos del lenguaje, piensa los efectos y condiciones formales (Althusser, 1968, pp. 12-13).

El efecto subversivo de la trilogía Marx-Freud-Saussure fue un desafío intelectual que suscitó la promesa de una revolución cultural que pondría en tela de juicio las evidencias de un orden humano estrictamente bio-social.

El hecho de restituir algo del trabajo específico de la letra, del símbolo, de la huella, fue empezar a abrir una falla en el bloque compacto de las pedagogías, de las tecnologías (industriales y biomédicas), de los humanismos moralizadores o religiosos: fue poner en duda la articulación dual de lo biológico con lo social (excluyendo lo simbólico y el significante). Fue un ataque que atestó un golpe al narcisismo (individual y colectivo) de la conciencia humana (cf. Spinoza en su tiempo), un ataque contra la eterna negociación del 'sí-mismo' (como amo-esclavo de sus gestos, palabras y pensamientos), en relación al otro-sí-mismo.

En resumen: la revolución cultural estructuralista no deja de despertar un recelo totalmente explícito en relación con el registro de lo psicológico (y de las psicologías del 'yo', de la 'conciencia', del 'comportamiento' o del 'sujeto epistémico'). Este recelo no es así engendrado por aquel odio hacia la humanidad que generalmente se le supone al estructuralismo, sino que traduce el reconocimiento de un hecho estructural propio al orden humano: el de la castración simbólica.

Pero al mismo tiempo, este movimiento anti-narcisista (que parece no haber agotado sus efectos políticos y culturales) se convertía en una nueva forma de narcisismo teórico. Digamos: un narcisismo de la estructura.

Dicho narcisismo teórico se ordena en la tendencia estructuralista a reinscribir sus 'lecturas' en el espacio unificado de una lógica conceptual. El suspenso de la interpretación (asociado con los gestos descriptivos de la lectura de los montajes textuales) se convierte así en una suerte de sobre-interpretación estructural del montaje como efecto del conjunto: dicha sobre-interpretación aplica lo 'teórico' como una suerte de meta-lengua que se organiza como una red de paradigmas. La sobre-interpretación estructuralista funciona entonces como un dispositivo de traducción, transponiendo los 'enunciados empíricos vulgares' en 'enunciados estructurales conceptuales'; este funcionamiento de los análisis estructurales (y en particular de aquello que podríamos llamar 'el materialismo

estructural' o 'el estructuralismo político') permanece así secretamente regido por el modelo general de la puesta en equivalencia interpretativa. Para esquematizar:

Sea el enunciado empírico P1 (por ejemplo, "el rostro del socialismo existente está desfigurado")

...P1 no significa en realidad otra cosa que...

...quiere decir en términos teóricos que...

...dicho de otro modo...

...es decir...

...el enunciado teórico P2 (por ejemplo, "la ideología burguesa domina la teoría marxista").

Ante todo es esta posición de dominio teórico, su aire de discurso sin sujeto que estimula los procesos matemáticos, la que ha conferido a los enfoques estructurales aquella apariencia de nueva 'ciencia regia', denegando como de costumbre su propia posición de interpretación.

La paradoja del principio de los años ochenta es que el hundimiento del estructuralismo político francés, su derrumbamiento en tanto 'ciencia regia' (que, sin embargo, continúa produciendo efectos, particularmente en el espacio latinoamericano), coincide con un incremento de la recepción de trabajos de Lacan, Barthes, Derrida y Foucault en el ámbito anglosajón, tanto en Inglaterra y en Alemania como en los Estados Unidos. Así, por un extraño efecto de báscula, en el momento preciso en el que América descubre el estructuralismo, la intelectualidad francesa 'hace borrón y cuenta nueva', desarrollándose un resentimiento masivo con respecto a las teorías de las que se sospecha el haber pretendido hablar en nombre de las masas y el haber producido al mismo tiempo una larga serie de gestos simbólicos ineficaces y de performativos políticos desafortunados.

Este resentimiento es un efecto de masa que viene 'de abajo'; una suerte de consecuencia ideológica que empuja a la reflexión, y que no debe confundirse con el ligero alivio de numerosos intelectuales franceses que reaccionan al descubrir, a la postre, que ¡'la teoría' los había 'intimidado'!

La gran fuerza de esta revisión crítica es la de poner despiadadamente en duda las alturas teóricas a nivel de las cuales el estructuralismo político había pretendido construir su relación con el Estado (eventualmente su identificación al Estado –y especialmente con el Partido-Estado de la revolución). Este efecto de rebote obliga a volver la mirada hacia aquello que sucede realmente 'abajo', en los

espacios infra-estatales que constituyen lo ordinario de las masas, especialmente en período de crisis.

En historia, en sociología, y hasta en los estudios literarios, aparece cada vez de manera más explícita la preocupación de estar en condiciones de aceptar ese discurso, casi siempre silencioso, de la urgencia de la toma de los mecanismos de sobrevivencia: se trata, más allá de la lectura de los Grandes Textos (de la Ciencia, del Derecho y del Estado), de ponerse a escuchar las circulaciones cotidianas tomadas en lo ordinario del sentido (*cf.* Por ejemplo, Certeau, 1980).

Simultáneamente, el riesgo que comporta dicho movimiento es bastante evidente: es el riesgo de seguir la línea de la mayor cuesta ideológica y de concebir ese registro de lo ordinario del sentido como un hecho de naturaleza psico-biológica, inscrito en una discursividad lógicamente estabilizada. El riesgo, por tanto, de un fantástico regreso hacia los positivismos y las filosofías de la conciencia.

Una reunión como ésta podría ser la oportunidad para desbaratar algunos de los mencionados riesgos, situando lo que está en juego y los puntos de encuentro mayores. Por mi parte (pero aquí expreso un punto de vista que no me es personal: es una posición de trabajo que se desarrolla actualmente en Francia¹⁰), subrayaré el extremo interés de una relación teórica y procedural entre las prácticas del ‘análisis del lenguaje ordinario’ (en la perspectiva anti-positivista que se puede desprender de la obra de Wittgenstein) y las prácticas de ‘lectura’ de disposiciones discursivas-textuales (resultantes de los enfoques estructuralistas).

Considerado seriamente (es decir, no nada más como un simple ‘intercambio cultural’), dicho enfoque emprende concretamente maneras de trabajar sobre las materialidades discursivas, implicadas en los rituales ideológicos, los discursos filosóficos, los enunciados políticos, las formas culturales y estéticas, a través de sus relaciones con lo cotidiano, lo ordinario del sentido. Proyecto que no puede tomar consistencia más que permaneciendo prudentemente a distancia de toda ciencia regia presente o futura (ya se trate de positivismos o de ontologías marxistas).

¹⁰ Para más detalles sobre dicho desarrollo del análisis del discurso en Francia, ver los números 4 y 6 de la revista *Mots*, y el conjunto del compendio antes citado, *Matérialités discursives* (en particular: Courtine y Marandin, 1981; Lecomte, 1981).

Tal manera de trabajar impone un cierto número de exigencias que habría que explicitar en detalle, pero que no puedo, para terminar, más que evocar aquí rápidamente:

La primera exigencia consiste en dar la primacía a los gestos de descripción de las materialidades discursivas. En esta perspectiva, una descripción no es una aprehensión fenomenológica o hermenéutica en la que *describir* se hace indiscernible de *interpretar*. Por el contrario, hay que tener una concepción de la descripción que suponga el reconocimiento de algo real específico, sobre lo cual apoyarse: lo real de la lengua (*cf.* Milner, 1978). Digo bien: la lengua. Es decir, ni el lenguaje ni la palabra ni el discurso ni el texto ni la interacción conversacional, sino lo que ahí es planteado por los lingüistas como la condición de existencia (de principio), bajo la forma de la existencia simbólica, en el sentido de Jakobson y de Lacan.

Desde este punto de vista, algunas tendencias recientes de la lingüística son bastante alentadoras. Más allá del distribucionalismo harrissiano y del generativismo chomskiano, aparecen tentativas que ponen en duda el primado de la proposición lógica y los límites impuestos al análisis como análisis de la *sentence* (frase). La investigación lingüística comenzaría así a desprenderse de la obsesión de la ambigüedad (entendida como lógica de ‘o bien...o bien’) para abordar lo propio de la lengua a través del papel del equívoco, de la elipse, la falta, etc. Este juego de diferencias, alteraciones, contradicciones, no puede ser concebido como el reblandecimiento de un núcleo duro lógico: la equivocidad, la “heterogeneidad constitutiva” –expresión de Authier (1982)– de la lengua corresponde a esos “artículos de fe” formulados por J.-C. Milner (1982): “Nada de la poesía es extranjero a la lengua –ninguna lengua puede ser pensada completamente si no se integra la posibilidad de su poesía” (p. 336).

Esto impone que la investigación lingüística construya procedimientos (modos de interrogación de datos y de formas de razonamiento) capaces de abordar explícitamente el hecho lingüístico del equívoco como hecho estructural implicado por el orden simbólico. Es decir, la necesidad de trabajar en el punto en el que se detiene la consistencia de la representación lógica inscrita en el espacio de los ‘mundos normales’. Éste es también el argumento que F. Gadet y yo desarrollamos en el texto *La Langue introuvable* (Gadet y Pêcheux, 1981).

El objeto de la lingüística (lo propio de la lengua) aparece así atravesado por una división discursiva entre dos espacios: el de la manipulación de significaciones estabilizadas, normadas por una higiene pedagógica del pensamiento, y el de las transformaciones del sentido, escapando a toda norma asignable *a priori*, de un trabajo del sentido sobre el sentido, atrapado en el relanzamiento indefinido de interpretaciones.

Esta frontera entre los dos espacios es tanto más difícil de determinar cuanto que existe toda una zona intermediaria de procesos discursivos (referidos a lo jurídico, lo administrativo y las convenciones de la vida cotidiana) que oscilan alrededor de ella. En esta región discursiva intermediaria, las propiedades lógicas de los objetos dejan de funcionar: los objetos tienen y no tienen tal o tal propiedad, los acontecimientos tuvieron y no tuvieron lugar, según las construcciones discursivas en las que se encuentran inscritos los enunciados que soportan dichos objetos y acontecimientos¹¹.

Este carácter oscilatorio y paradójico del registro de lo ordinario del sentido parece haber escapado completamente a la institución filosófica del movimiento estructuralista: nivel que ha sido el objeto de una aversión teórica que lo ha encerrado globalmente en el infierno de la ideología dominante y del empirismo práctico, considerados como punto ciego, lugar de una pura reproducción del sentido¹².

De paso, los estructuralistas acreditaban así la idea de que el proceso de transformación interior en los espacios de lo simbólico y de lo ideológico es un proceso excepcional: el momento heroico solitario de lo teórico y lo poético (Marx-Mallarmé) como trabajo extraordinario del significante.

Esta concepción aristocrática que se atribuye *de facto* el monopolio del segundo espacio (el de las discursividades no estabilizadas lógicamente), permanecía, incluso con su cambio 'proletario', atrapada en la vieja certeza elitista que piensa que las clases dominadas no inventan nunca nada porque están demasiado absorbidas por las lógicas de lo cotidiano: en última instancia, los proletarios, las masas, el pueblo... tendrían tal necesidad vital de un

¹¹ Cf. Las observaciones anteriores con respecto a los referenciales posibles asociables al enunciado "¡ganamos!". Se podrían, claro, desarrollar observaciones del mismo orden a partir de expresiones tales como "la voluntad del pueblo", "la libertad" (de pensamiento, de precio), "la austeridad" vs. "el rigor", etc.

¹² Este problema constituye uno de los puntos débiles de la reflexión althusseriana sobre los aparatos ideológicos de Estado, y de las primeras aplicaciones de esta reflexión en el ámbito del análisis de discurso en Francia.

universo lógicamente estabilizado que los juegos del orden simbólico ni siquiera les concernirían! En este punto preciso, la posición *teórico-poética* (*théoricienne-poéticienne*) del movimiento estructuralista es insoportable¹³. A falta de un discernimiento de aquello en lo que el humor y el rasgo poético no son “el domingo del pensamiento” (*dimanche de la pensée*), pero forman parte de los resortes fundamentales de la inteligencia política y teórica, esta posición había cedido por adelantado ante el argumento populista de la urgencia, ya que compartía implícitamente su presupuesto esencial: ilos proletarios no tienen (el tiempo de pagarse el lujo de) un inconsciente!

La consecuencia de lo que precede es que toda descripción – poco importa si se trata de la descripción de objetos o de acontecimientos, o de la descripción de una disposición discursiva-textual, a partir del momento en que nos atenemos estrictamente al hecho de que ‘no hay metalenguaje’– está intrínsecamente expuesta al equívoco de la lengua: todo enunciado es intrínsecamente susceptible de convertirse en otro que él-mismo, de separarse discursivamente de su sentido para desviarse hacia otro (salvo si la interdicción de interpretación propia a lo lógicamente estable se ejerce explícitamente sobre él). Todo enunciado, toda secuencia de enunciados, es así lingüísticamente descriptible como una serie (léxico-sintácticamente determinada) de puntos de desviación posibles que brindan un lugar a la interpretación. Es en este espacio que el análisis de discurso pretende trabajar.

Y es en este punto en el que encontramos el cuestionamiento de las disciplinas de interpretación: es en tanto que hay *otro* en las sociedades y en la historia, otro correspondiente a aquel otro propio a la esfera del lenguaje y del discurso, que puede haber un vínculo, identificación o transferencia, es decir, existencia de una relación que abre la posibilidad de interpretar. Y es porque existe este vínculo, que las filiaciones históricas pueden organizarse en memorias y las relaciones sociales en redes significantes.

De ahí que las ‘cosas-que-hay-que-saber’, de las cuales ha sido cuestión más arriba, nunca son visibles de manera sobresaliente, en tanto trascendentales históricos o *episteme* en el sentido de Foucault, sino que están siempre atrapadas en redes de memoria que dan lugar a filiaciones identificatorias y no a aprendizajes por interacción: la

¹³ El odio de lo ordinario nutre el culto anti-intelectualista de lo mismo ordinario: un cierto estructuralismo esotérico nutrió el odio antifilosófico expresado, por ejemplo, en la sociología de P. Bourdieu.

transferencia no es una ‘interacción’ y las filiaciones históricas en las cuales se inscriben los individuos no son ‘máquinas para aprender’.

Desde este punto de vista, el problema principal, en las prácticas de análisis de discurso, es el determinar el lugar y el momento de la interpretación con respecto a los de la descripción: decir que no se trata de dos fases sucesivas, sino de una alternancia o de un latido, no implica que descripción e interpretación estén condenadas a entremezclarse en lo indiscernible.

Por otra parte, decir que toda descripción abre la puerta a la interpretación no supone necesariamente la apertura a ‘cualquier cosa’: la descripción de un enunciado o de una secuencia compromete necesariamente (a través de la localización de los lugares vacíos, elipses, atisbos de negaciones y de interrogaciones, múltiples formas de discurso relacionado...) el discurso-otro como espacio virtual de lectura de dicho enunciado o de dicha secuencia.

Este discurso-otro, en tanto presencia virtual en la materialidad descriptible de la secuencia, marca, del interior de dicha materialidad, la insistencia del otro como ley del espacio social y de la memoria histórica, luego entonces como principio mismo de lo real socio-histórico. Y es ahí que se justifica el término de disciplina de interpretación, empleado aquí a propósito de las disciplinas que trabajan en este registro.

El punto crucial es que en los espacios transferenciales de identificación que constituyen una pluralidad contradictoria de filiaciones históricas (a través de palabras, imágenes, relatos, discursos, textos, etc.), las ‘cosas-que-hay-que saber’ coexisten con objetos a propósito de los que nadie puede estar seguro de ‘saber de qué se habla’, pues están inscritos en una filiación y no son el producto de un aprendizaje: y esto sucede, tanto en los secretos de la esfera familiar ‘privada’, como en el nivel ‘público’ de las instituciones y de los aparatos de Estado. El fantasma de la ciencia regia viene, en todos los niveles, a denegar dicho equívoco, otorgando la ilusión de que siempre se puede saber de qué estamos hablando, es decir, si se me entiende, denegando el acto de interpretación en el momento mismo en el que aparece.

Este punto desemboca en el cuestionamiento final de la discursividad como estructura o acontecimiento. Partiendo de lo dicho aquí, diremos que el gesto que consiste en inscribir un determinado discurso en una determinada serie, en incorporarlo en un ‘corpus’, corre el peligro de absorber el acontecimiento de dicho

discurso en la estructura de la serie en la medida en la que ésta tiende a funcionar como trascendental histórico, tabla de lectura o memoria anticipadora del discurso en cuestión. La noción de ‘formación discursiva’, que el análisis de discurso toma de Foucault, se ha desviado demasiado hacia la idea de una máquina discursiva de sujeción dotada de una estructura semiótica interna y, por ello, condenada a la repetición: en el último de los casos, dicha concepción estructural de la discursividad desembocaría en una borrada del acontecimiento, a través de su absorción en la sobre-interpretación anticipadora.

No se trata de querer aquí que todo discurso sea como un aerolito milagroso, independiente de las redes de la memoria y de los trayectos sociales en los que hace irrupción, sino de subrayar que todo discurso marca, simplemente por su existencia, la posibilidad de una desestructuración-reestructuración de dichas redes y trayectos: todo discurso es potencialmente el índice de un cambio en las filiaciones socio-históricas de identificación, en la medida en la que constituye, al mismo tiempo, un efecto de dichas filiaciones y un trabajo (más o menos consciente, deliberado, construido o no, pero en cualquier caso atravesado por las determinaciones inconscientes) de desplazamiento en su espacio: no hay identificación completamente ‘lograda’, es decir, un vínculo socio-histórico que no esté afectado, de una manera o de otra, por una ‘infelicidad’ en el sentido performativo del término –es decir, en este caso, por un ‘error de persona’, esto es del *otro* objeto de la identificación.

Posiblemente sea una de las razones que hacen que exista algo como las sociedades y la historia, y no solamente una yuxtaposición caótica (o una integración super-orgánica perfecta) de animales humanos en interacción...

La posición de trabajo que aquí evoco en referencia al análisis del discurso no supone, de ninguna manera, la posibilidad de un cálculo de los desplazamientos de filiación y de las condiciones de felicidad o infelicidad del acontecimiento. Supone únicamente que, a través de las descripciones organizadas de montajes discursivos, se puedan identificar los momentos de interpretación en tanto actos que surgen como tomas de posición, reconocidos como tales, es decir, como efectos de identificación asumidos y no denegados.

Para mí, frente a las interpretaciones sin límites en las que el intérprete se ubica como si fuese un punto absoluto, sin otro ni real,

se trata de una cuestión ética y política: una cuestión de responsabilidad.

Referencias

- Althusser, L. (1968). *Lire le Capital*. París: Maspero.
- Authier-Revuz, J. (1982). “Hétérogénéité montrée et hétérogénéité constitutive: éléments pour une approche de l'autre dans le discours”. *DRLAV*, 26, 91–151.
- Baudrillard, J. (1982). *A l'ombre des majorités silencieuses*. París: Gonthier.
- Certeau, M. de (1980). *L'invention du quotidien*. París: Gallimard.

- Courtine, J.-J. y Marandin, J.-M. (1981). “Quel objet pour l’analyse de discours”. En: *Matérialités discursives*. Lille: Presses Universitaires de Lille.
- Gadet, G. y Pêcheux, M. (1981). *La langue introuvable*. Paris: Maspero.
- Lecomte, A. (1981). “La frontière absente”. En: *Matérialités discursives* (pp. 95-104). Lille: Presses Universitaires de Lille.
- Mandrin, J. (1983). *Le Socialisme et la France*. Paris: Sycomore.
- Milner, J.-C. (1978). *L’Amour de la langue*. Paris: Seuil.
- Milner, J.-C. (1982). “A Roman Jakobson, ou le bonheur par la symétrie”. En: *Ordres et Raisons de langue* (pp. 329-337). Paris: Seuil.